

Precio 15 céntimos



ARTISTA EXTRANJERA



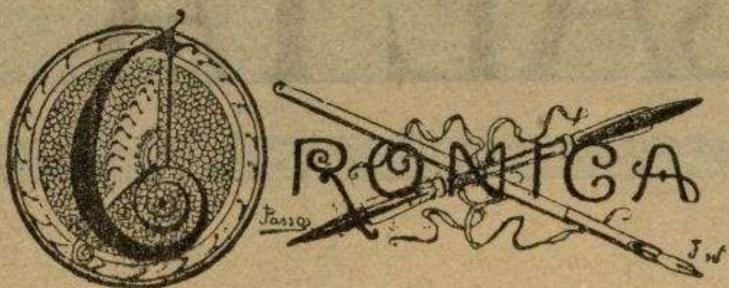
Mlle. Alise Nortom.

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



Un diputado inglés, Mister Decobani, ha sido perseguido en su país, por atentado á las buenas costumbres. Qué atentados serán estos y de qué clase, que no nos atrevemos á insinuarlos siquiera.

Pues bien, este Mister ha llegado á Bilbao, y se propone habitar en el Desierto.

Esto es lo de menos; un desierto poblado como es ese, puede ser habitado por un cenobita que le guste la buena vida.

Decobani no solo se propone habitar el Desierto, sino que ha ofrecido prestar servicios religiosos protestantes en la comarca.

¡Temblad, madres que teneis hijos!

Si Decobani pregona aquello de «dejad que vengan á mí los pequeñuelos,» podeis encomendaros á D. Carlos Chapa, que es el único que puede salvar vuestra prole.

No sabemos qué clases de servicios quiere prestar ese señor diputado, pero si son de la clase de los que prestaba en Londres... ¡guarda, Pablo!

En fin, que allí le tenemos, en el Desierto, dispuesto á todo.

Creemos que los vizcainos no se dejarán cazar en las redes y estarán ojo avizor.

Es como hay que estar en estos casos.

Los marroquis, esos niños mimados de Tyrconel, continúan en su poco laudable costumbre de vender mujeres como si se tratase de cabezas de ganado.

En Febrero último se vendieron en Fez y Mequinez 2000 esclavos, entre ellos 1,200 mujeres.

La más bella de estas últimas, que era una negra nubiana, obtuvo el precio de sesenta duros. Las otras fueron adjudicadas por poca cosa, y hubo muchacha de diez y seis años que fué vendida por cinco duros, lo que cuesta un terno de hilo para verano.

Al ver lo que vale en Europa una de esas muñecas que se llaman bailarinas, feas por lo general, sin gracia de ningún género, le dan á uno tentaciones de irse á Marruecos y, por lo que aquí cuesta un adefesio de esos durante tres meses, traerse un regimiento de esclavas.

¡Qué verdad es aquello de que la mercancía vale según la latitud donde se expende!

Un plátano vale aquí un real y en Cuba lo dan de balde.

La mujer en Marruecos se puede comprar como un caballo ó un mueble, y le sale á uno casi por nada.

Aquí alquila V. una corista, y hay que ali-

mentar á su mamá postiza, y á su primo, y á toda su parentela, sin tener el derecho de sacudirla un par de guantazos cuando hace una de las suyas.

Brutos son los de Marruecos —hay que confesarlo— al tratar así á las mujeres. Pero aquí las tratamos demasiado bien.

Digo, si es que son mujeres las que se dedican á salir á las tablas.

Y con éstas únicamente establecía yo comparaciones.

Hablemos un poco de Cánovas, ese simpático trovador que llena y harta el siglo con su nombre.

Días pasados tuvo que ir á Aranjuez á visitar á la familia real, en unión de Fabié y otros cerros del gabinete.

Mientras los ministros iban de punta en blanco, como si fueran á recibir la primera comunión, mi buen amigo Cánovas iba de americana y sombrero hongo, hecho todo un calavera valetudinario.

Durante el trayecto iba recitando versos y gritando ¡olé! á los guarda-agujas.

Pero así que llegó á Aranjuez, se quitó la americana y el hongo, y se puso chistera y levosa.

¡No quería presentarse á la real familia vestido de tabernero!

Este caprichito del Mónstruo ha dado mucho que hablar á los periódicos.

Pero de poco se admiran aquí las gentes.

Cánovas fué de americana porque, como iba con los ministros, no pudo ir de chaleco.

Otra vez será.

Las carreras de caballos últimamente celebradas no han dado gusto á los señores.

Aparte de la ridiculez y miseria de los premios, hay la circunstancia agravante de que eso no es una diversión popular.

Cuatro gatos que quieren zapatos, media docena de ricachos negados de inteligencia, ocho pollos cursis y media docena de señoritas espiritualistas y espirituosas, amén de unos pocos extranjeros, forman el público de las carreras.

Allí no han sabido atraerse al pueblo, y diversión donde no concurre el pueblo, diversión muerta.

Yo ya sé el modo de atraerle, y se lo propongo á D. Camelo Fibra y demás *sportmans* de castaña que aquí se dan pisto.

Con dar á cada concurrente dos pesetas, una buena merienda, y traerle y llevarle gratis, tendrían en el hipodromo la mar de gente.

¡Y todavía no serán capaces de agradecerme este consejo desinteresado!

¡Ingratones!

Hemos recibido la visita de *La Lire biterroise*, excelente banda de música de Bezzeres, Francia.

Aquí hemos obsequiado á esos amables franceses cuanto hemos podido.

En los cuatro días que aquí permanecieron, todo se volvió aplausos para tan competentes músicos.

La Capitania General se desvivió por ellos, y el Ayuntamiento les dió un *lunch*.

(¡Un *lunch* (merienda) á las doce de la noche!)

Todos los circunstantes se pusieron *un peu en ribote*, y hubo músico de Rodoreda que llevaba del brazo dos extranjeros.

Al salir el Sr. Coll y Pujol, no sabiendo los músicos franceses como manifestarle sus simpatías, le gritaron ¡*Viva Lagartijo!*

Como para ellos Lagartijo es lo mejor que tenemos en España, creyeron hacer un obsequio al ave fría de nuestro alcalde echándole ese viva.

¡Digo, si llegan á ver á Planas y Casals!
Lo menos que le dicen es ¡*viva Frascueló!*

ELIDAN.

GRESCA

Pepa la tripicallera
ha reñido con el hombre,
y con tan fausto motivo
(motivo de mojicones)
han dado día de fiesta
al barrio de Embajadores.

Las comadres madrileñas,
como las de todo el orbe,
se pirran por estas cosas
y en ellas hallan el goce
que hace saltar de alegría
los humanos corazones.

Así es que, cuando en el patio
empezó Pepa á dar voces
y á refunfuñar el otro
denuestos y maldiciones,
se llenaron de curiosos
ventanas y corredores.

Caras en que se pintaba
la satisfacción innoble,
la malicia picaresca
con que presencian cuestiones
y azuzan á los que riñen
las chulapas de la corte.

Toda la granujería
que en las zahurdas se esconde,
salió á presenciar la gresca
y á dar al cuadro sus toques
sacando su repertorio
de gritos é interjecciones,
con que en la plaza el domingo
jalea á los picadores.

El marido de la Pepa
que teme que le sofoquen,
quiso que entrara en su cuarto
la alborotadora cónyuge:
pero ella que es una malva
si la dejan que alborote,
no gusta de armar camorras
gordas, cuando no la oyen
y saltó al medio del patio,
se puso á gritar el doble
y le miró, puesta en jarras
con ojos provocadores.

—¡No me des otro *espetáculo*
como el que diste anteanoche

porque hay aquí malas lenguas
y es mu fácil que las corte!

—¿Entrar yo? ¡manque me pinchen!
¿tú qué quieres, endinote?

¿que te eche yo tóos los días
á ti solo los sermones

pa que no escarmientes nunca
y los oigas como un poste?

¡Pus no me da la rial gana
y lo he de decir á voces,

pa que se entere tóo el barrio
si á mano viene, y tóo el orbe

si á mano viene, y que sepan
que eres un tío, un mal hombre,

granuja, que viene á casa
borracho todas las noches

y se bebe los jornales
con tres ó cuatro amigotes,

mientras su mujer no cena
hace diez días ó doce.

—Te quiés cayar?

—¿Que me caye?

¡Eso quisiás tú!

—¿Qué pones

á que te rompo las muelas
ya que ices que no comes
y no te sirven pa nada...?

—¡Y pué que lo hicieras!

—¡Ole

por los valientes!

—¡Granuja!

—¡Déjela usté, señor Roque,
que eso no es de cabayeros
ni de personas mayores!

—Ustés se cayan. Cá uno
haga lo que le acomode.

—¡Pillo!

—¡Cobarde!

—¡Socorro!.....

Llega la guardia á las voces,
intervienen las vecinas.
se dan las explicaciones,
una vieja da consejos
para establecer el orden,
la Pepa se va calmando,
el marido, por su nombre,
jura no tomar más copas
aunque nunca se las cobren
y se muestra arrepentido;
se va no se sabe dónde,

... ..
y dá á su mujer de palos
en secreto aquella noche.

SINESIO DELGADO.

EL OSO



Si fuese á decir lo que siento, con seguridad pondría en el padrón municipal.

Nombre: Serafin Martinez.

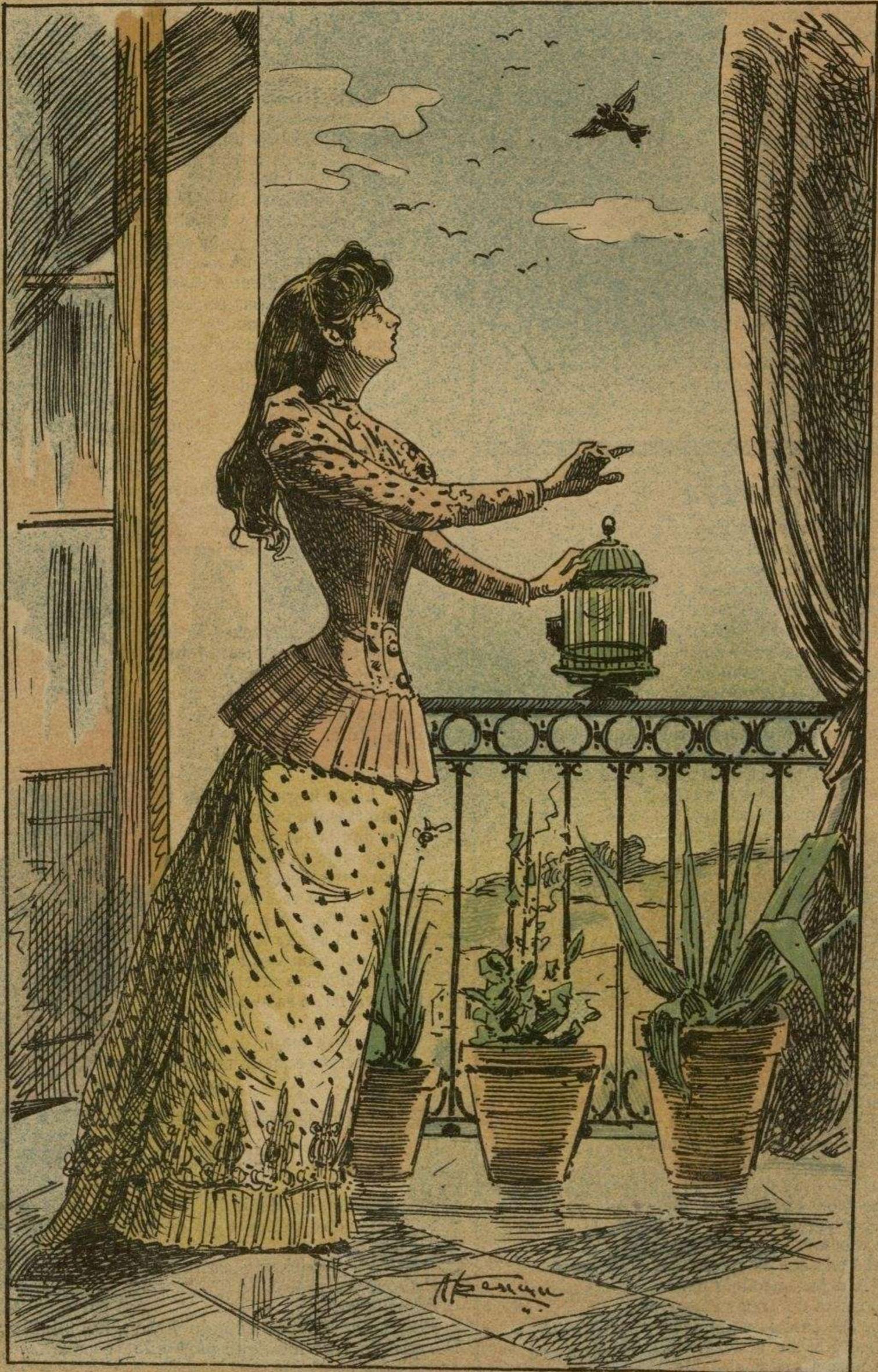
Estado: Soltero.

Edad: 20 años.

Profesión: Enamorado de Laura Fernández. Porque no vive más que para ella, ó para *eya*, como escribe él.

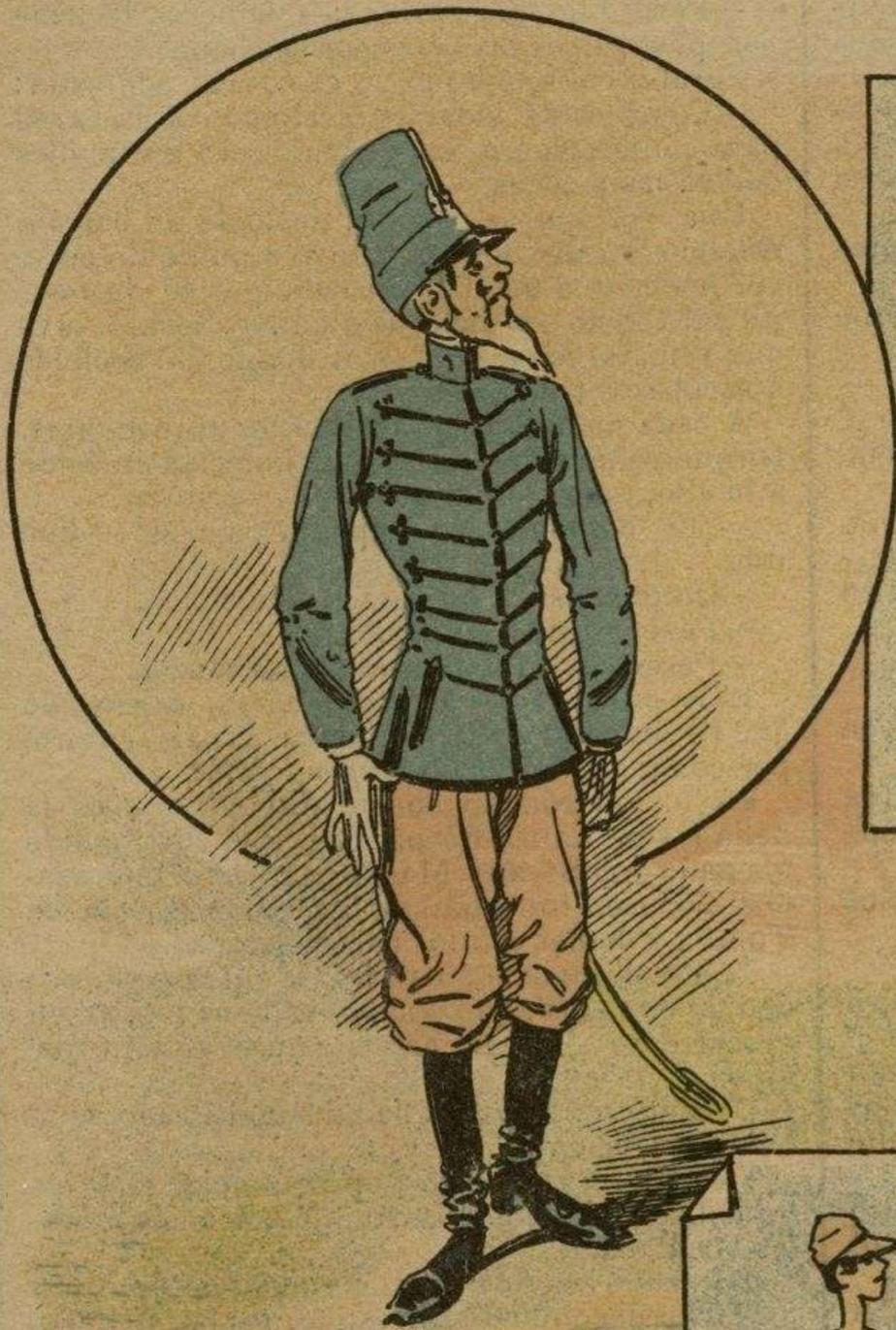
Y escribe así porque no tiene tiempo de instruirse ni de nada.

Es hijo de familia, y sus padres se empeñan en que ha de hacerse abogado; pero él... ¿Ra-

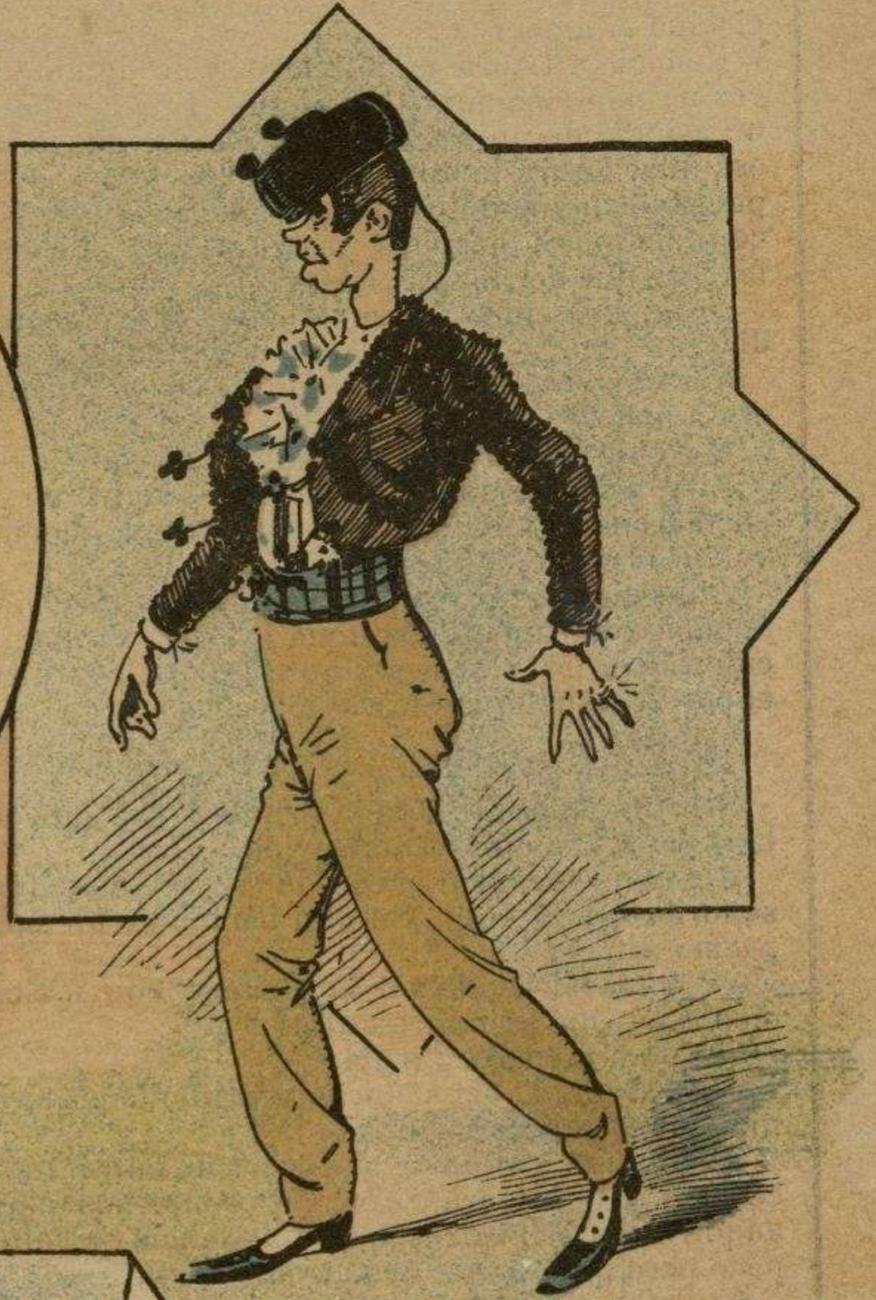


En abriendo la jaula, ¡adiós pájaro!

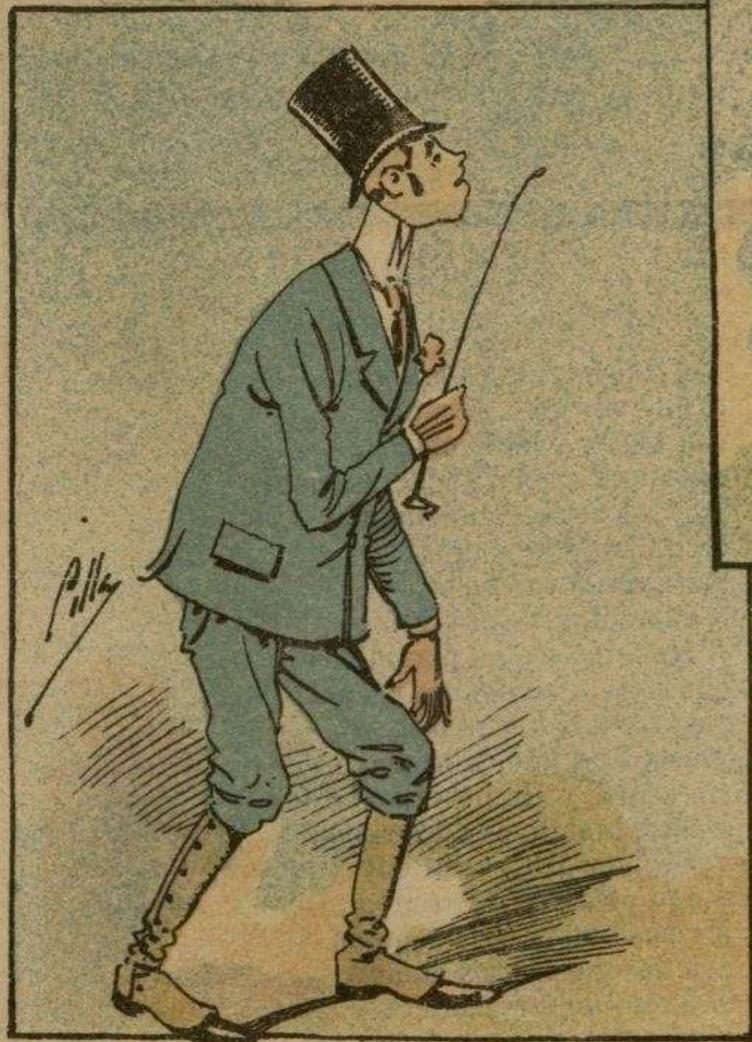
PRESIDENTES DE CASINOS



De «El invencible Aquiles.»



Del círculo «El Redondel.»



De «El jockey-club.»



Del de «Laranda bicicleta.»



De «El bebe-club.»

ciocina el amor?

Conoció á Laura en el teatro, y desde entonces no tiene momento tranquilo. Ella ocupaba un asiento de un palco platea, él una butaca de esquina. Laura le miró primero de reojo, después fué volviendo poco á poco la cabecita rubia con disimulo; después ya le dirigía miradas francas que decían á gritos:

—Ea; este chico me gusta, no lo puedo remediar.

Serafin entónces pudo convencerse de que era amado.

Y siguió á la jóven hasta su domicilio.

Ella, acompañada de los papás, penetró en el portal, pero antes de que se cerrase la puerta, volvió la cabecita para mirar á Serafin.

A las siete de la mañana siguiente, el jóven llegaba á la calle donde tenía la chica su domicilio. Miró los balcones y no vió nada. Entró en el portal resueltamente y dijo:

—Portera.

—¿Qué se ofrece?

Serafin palideció. Era la primera vez que se lanzaba á una empresa atrevida.

—Aunque sea mal preguntado ¿vive aquí una señorita rubia?—dijo Serafin haciendo un supremo esfuerzo.

—¡Hombre!—contestó la portera con malos modos.—¿Qué sa figurao usté?

—Yo no me figuro nada.

—¡El demonio del señorito!—gruñó la portera metiéndose en su cuchitril.

Serafin fué á situarse á la acera de enfrente... corrido y desesperanzado. De pronto sus ojos adquirieron brillo, respiró con delicia y faltó poco para que cayese desmayado de júbilo.

Acababa de ver á la jóven rubia en el piso tercero, asomada al balcón, con un *matiné* azul pálido y una ramita de heliotropo en el pecho.

Serafin la miraba con éxtasis; ella le miraba también con pasión. Entónces él le pidió con los ojos la ramita de heliotropo y ella se la arrojó.

De esto hace quince meses. Serafin no ha podido hablar á su bella. Sabe que se llama Laura; que su papá es un bruto y que tiene un destino en el Ayuntamiento.

Un día le escribió un billete y lo puso en manos de la criada con estas palabras:

—Para la señorita.

La doméstica, que es de Lugo, empujó á Serafin con tal violencia, que el pobrecillo fué á caer contra un aguador y éste le puso el pié encima.

Serafin anduvo cojeando ocho días, pero ni uno solo dejó de acudir á la calle del Prado, dónde habita Laura.

Todos los vecinos le conocen ya, como si hubiera nacido en la acera, y el encargado de arreglar los faroles del alumbrado público, tiene necesidad de decirle todos los días, antes de abrir la escalera:

—¡Eh! Señorito! Que le voy á descalabrar. ¡Quítese V. de la vía pública.

A misa, al paseo, al teatro, á las visitas; á todas partes sigue Serafin á Laura, y la mamá de ésta se paró una tarde y le dijo:

—Oiga usted, jóven. Pida V. á Dios que no se entere mi marido, porque el día que le vea á V., lo deshace.

El no se arredra y continúa decidido á todo.

La madre de Serafin ha notado que éste tiene las botas rozadas por la parte de atrás y no se

explica la causa.

—Pero, hijo mío—le dice:—¿Quieres decirme por qué rompes las botas por este sitio?

Serafin calla, porque no es cosa de contestar:

—Como estoy siempre arrimado á la pared para contemplar á Laura, me rozo los talones contra las piedras.

Una vez que se cayó un tiesto de un balcón, estando Serafin debajo, estuvo á punto de perecer hecho una tortilla; otro día que se desbocó un caballo de un coche de alquiler, Serafin tuvo que refugiarse en un portal dónde fué recibido á escobazos por la portera.

A cada momento le insultan los transeúntes, porque como se pasa las horas muertas mirando á lo alto, todos tropiezan con él y gruñen.

—¡El demonio de espanta-pájaros!—dice uno.

—Quítese usted del medio,—dice otro.

—Parece usted un palomino.

—Parece usted un costal de garbanzos.

El lo sufre todo con resignación, esperando que llegue el día de poder decir al país entero, por conducto de *La Correspondencia*:

«Ayer unieron su suerte ante los altares la bella jóven Laura Fernández y el distinguido abogado don Serafin Martínez. Los recién casados salieron inmediatamente para Morata de Tajuña y demás puntos del extranjero.»

Tanta gente le conoce ya y es tal la popularidad de que goza, que cuando se le ve entrar en el teatro ó en el café hay siempre alguno que dice:

—¡Hombre! El oso de la calle del Prado. Qué bien se conserva!

Y espero, no sin dolor, que el mejor día los periódicos publiquen un suelto concebido en estos términos:

«Ayer fué cogido entre las ruedas de un carro un joven decentemente vestido. De las noticias que hemos podido recoger en la calle del Prado, donde ocurrió la desgracia, resulta que se llamaba S. M. y que se dedicaba á hacer el oso todo el día y parte de la noche. Descanse en paz.»

LUIS TABOADA.

MEMORIAL

A *Succi el ayunador*.

«Respetable caballero:
el que suscribe, cesante,
con mujer y siete chicos,
todos ellos muertos de hambre,
á usted acude, en demanda
de un consejo saludable
para vivir sin comer,
ó alimentarse del aire.

He leído en los periódicos
que para usted es muy fácil
pasarse dos ó tres meses
y hasta un año, si le place,
sin comer y sin beber,
y esto, amigo, es admirable.

Yo, por desgracia, en ayunos
tengo práctica bastante.
Me paso hasta una semana
con dos garbanzos fiambres,
el hueso de una chuleta
y un sorbo de chocolate;
pero ¡ay! mi estómago entonces

se pone fiero, irritable,
y me entra un hambre canina
y unas ansias tan voraces,
que no me como á los chicos
porque ante todo soy padre,
pero me trago á cualquiera
si se me pone delante...

Mas lo que á mí me sucede,
aunque triste es tolerable,
que estoy, por desdicha mía,
acostumbrado á estos trances.

Lo que á mí me desespera
y me mueve á molestarle,
es el pensar en mis chicos
y en mi mujer, que es un ángel.

¡Son ocho bocas, señor!
¡Ocho bocas que se abren,
y que al abrirse parece
como que quieren tragarme!
Tengo, sobre todo, un chico
que es un glotón insaciable.

Es él capaz de comerse
más que todos los restantes
y tiene unas tragaderas
que no hay buitre que le iguale.

El domingo por la noche
y á muy poco de acostarse,
se levantó callandito,

fué á la cocina el pillastre
y allí á falta de otra cosa
y como cosa agradable,

se comió de una sentada
sin que se le indigestasen,
cuatro paquetes de velas

¡y un ovillo de bramante!....

Dígame usted si es posible
que haya comida que baste
para saciar los deseos

de estómagos de esta clase.

Cada vez que entro en mi casa
sufro yo lo que Dios sabe!

Los chiquillos me rodean
preguntándome:—¿Qué traes?

—¡Papá, que yo quiero pan!

—¡Papá, que yo quiero carne!

—¡Papá, que yo no he comido!

—¡Papá, por Dios, que es muy tarde

Y yo al oír estas cosas
siento un nudo en el gáznate

me echo á llorar como un niño,

y tomo la puerta á escape,

y desesperado, loco,

recorro plazas y calles

sin encontrar un amigo

que me socorra y me ampare.

Que, ¡ay, señor! en los tres años

que ya llevo de cesante

he cansado á los amigos

y hoy no me hace caso nadie!....

En destinos ya no pienso,

pues eso de colocarse

me parece más difícil

que alcanzar el premio grande

al que como yo no juega,

ya ve usted ¡qué ha de tocarle!

La solución para mí

consiste en que usted me mande

la receta misteriosa

de que usted solo se vale.

¡Vivir sin comer! ¡Dios mío!

¡La falta que aquí nos hace!

¡Venga, venga esa instrucción

para no sentir más hambre,
y hará usted feliz á toda
la familia de un cesante
y muy particularmente
á Nicomedes González!

VITAL AZA.

UN SUCEDIDO



ALLA por el año 1867 varios muchachos
jóvenes teníamos en Santander una
especie de *petit-club* de regatas.

Entre todos habíamos comprado tres
ó cuatro esquifes que nos servían de honesto
pasatiempo en aquella hermosa bahía.

Los domingos por la mañana sobre todo, iba-
mos con nuestros botes á la vela, de bolina, casi
con la quilla al aire, cruzando en todas direccio-
nes el puerto.

¡Ir á la vela! ¡Qué sensación más agradable
esperimentábamos!

Los jóvenes de ahora prefieren ir *al vapor*, y
nuestras nimiedades de entonces no les entre-
tienen.

Sucedió, pues, que en el verano ya citado nos
llegaron dos jóvenes forasteros de Valladolid,
que nunca habían visto el mar.

Recomendados como venían por estudiantes
amigos nuestros, los que formábamos el *petit-
club* hicimos cuanto estuvo en nuestra mano
para obsequiarlos.

La primera disposición que tomamos fué em-
barcarlos.

No querían, porque la mar les causaba horror;
pero los embutimos en uno de los esquifes *La
Rata* y les hicimos pasear mal de su grado.

Saltaron á tierra haciendo votos de que no se
embarcarían mas, pero á los dos dias reinci-
dieron; y á los quince teníamos que sacarlos á
la fuerza de á bordo.

Una tarde que nuestros dos forasteros se pa-
seaban solos, pues casi todos nosotros estábamos
trabajando en nuestros respectivos escritorios,
se les ocurrió embarcarse y divertirse solos.

Fueron á ver al marinero que cuidaba de
nuestras embarcaciones, le hicieron preparar
La Rata con sus dos velas, y luego le mandaron
á tierra.

—¿Pero sabrán Vdes. manejarse, señoritos?—
les preguntó éste.

—¡Pues no hemos de saber! Salte V., Antonio,
y déjenos por nuestra cuenta.

Mis dos amigos se quedaron solos, izaron las
velas y allá va *La Rata* cortando los mares.

Emprendieron la expedición hácia el Astillero,
pueblo que está á dos leguas frente del puerto, y
como recibían el viento de popa todo era coser y
cantar.

Habían salido de la punta del muelle largo,
haciendo ánimo de volver al mismo muelle y á
la misma punta.

Hasta el Astillero todo fué bien, y no tuvieron
apenas que tocar el velamen.

A la vuelta cambió de aspecto la cosa. Tenían
viento de proa y había que dar bordadas, y en
su vida las habían visto más gordas.

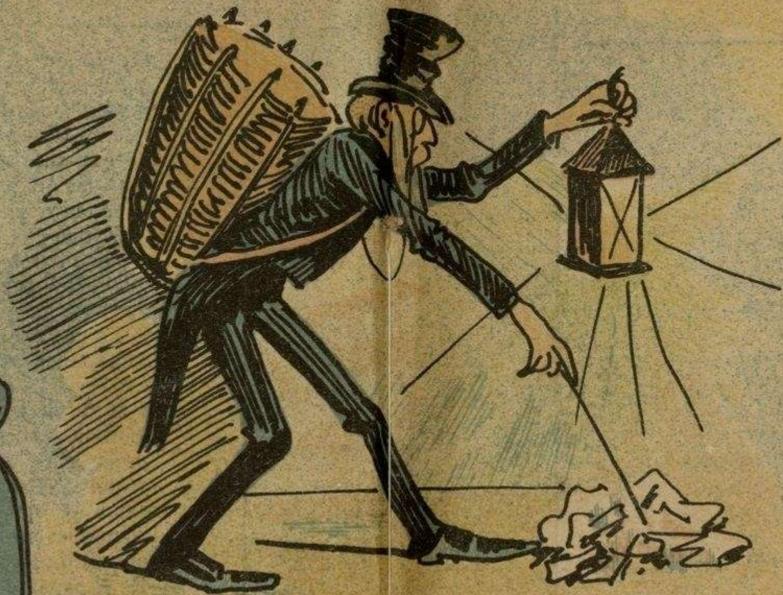
Pero si ellos no sabían, contaban al menos con
las amistosas observaciones de las demás lan-
chas y botes que encontraban por el camino.

Y así fué.

A la primera bordada, como llevasen algo



—¿Eran de estas hojas de las que se vistieron Adán y Eva?



Porvenir de la burguesía, según los compañeros más asallados.



Un anarquista echando bombas.



—Ya puedes andar conojo. En el club eres sospechoso por estar tan bien nutrido.



Hé aquí una muchacha á mi medida.

—Pero D. Serapio, ¿qué hemos hecho los de Burgos para que se quiera tan mal á los burgueses?

floja la escota, dos marineros que iban en una *cachimba* les gritaron.

—¡Animales, cazar escota!

Y los animales fueron y cazaron escota.

Mucho debieron tirar de ella cuando los de otra lancha que se les atravesó por la proa, les interpellaron de la siguiente política manera:

—¡Brutos, largar escota!

Y los brutos largaron escota.

Orzaron como pudieron y tomaron otra bordada.

De todas las embarcaciones que encontraban en el camino partían sanos consejos, adornados de interjecciones más ó menos pintorescas.

—¿Qué haceis, melones? gritaban desde un buque que estaba de cuarentena en el Lazareto de Pedrosa.

—¡Orzar ahora, zánganos! les vociferaban desde una lancha pescadora.

Mis dos pobres amigos estaban como alelados; ellos cazaban ó largaban escota según se les decía, orzaban á la menor insinuación y volvían al puerto por caminos desusados, dando bordadas inmensas

Después de ir de un lado á otro entre los denuestos y observaciones de cuantos encontraban por el camino, al cabo de cuatro horas llegaron al codiciado puerto.

¿Pero Vdes. creen que fueron á parar como era su propósito á la punta del muelle largo?

No, señor; fueron al extremo del muelle de Maliaño, es decir, dos leguas más abajo.

Allí dejaron *La Rata* amarrada á un poste y se volvieron molidos y avergonzados á la ciudad, donde escusado es decir si nosotros les daríamos después guasa larga.

— Pero qué se propone V.—dirán nuestros lectores—al relatarnos un sucedido que no tiene nada de particular?

¡Vaya si lo tiene!

Esa es una lección moral digna de tomarse en cuenta.

En el viaje de la vida, si oyes amigo lector, los consejos de cuantos te se acercan, y te empeñas en seguirlos, en vez de ir á la punta del muelle largo, iras á parar irremisiblemente al extremo del muelle de Maliaño.

Por nuestra parte podemos asegurar que todo lo que hemos hecho por consejo de los unos y de los otros, nos ha salido casi siempre mal.

En cambio, si hemos tomado resoluciones por inspiración propia, rara vez nos hemos equivocado.

Y eso es lo que hemos querido demostrar con este sencillo relato, que, aunque otra cosa no, tiene el mérito de ser histórico.

DANIEL ORTIZ.

ÉL Á ELLA

Carta que escribe un chico que, en su inocencia, siente de sus amores la larga ausencia:

«Cartas ván, cartas vienen por el correo....»

¿Donde estás, amor mío, que no te veo?»

Así se expresa alguno

que ríe y canta,
sin sentir los nuditos
que en la garganta
se le ponen al pobre
que ama de veras
y pasa solo y triste
las primaveras.

Por eso yo, amor mío,
digo llorando:
«Cartas ván, cartas vienen...
pero ¿hasta cuándo?»

Mi pluma, nunca ociosa,
busca el tintero;
si oigo la campanilla,
siempre el cartero.

Te duermes contestando
cartas que escribo;
menos que tú recibes
jamás recibo.

Si el amor con la pluma
tanto se espacia,
dime el bien que nos viene
con esa gracia.

Alguna vez contemplo
con cara fosca
estas tus diminutas
patas de mosca;
y te declaro, niña,
que me mareo
por verte detrás de ellas
como deseo.

Pero ¿cómo he de verte,
cómo, alma mía,
detrás de tantas faltas
de ortografía?

¿A tí, que eres modelo
de bellas obras,
sin mostrar en tu rostro
faltas ni sobras?

¿A tí, con ojos negros
como azabache,
que escribes con *b* vida
y hacer sin *h*?

¿A tí, que enseñas perlas
cuando sonríes
y nunca pones puntos
sobre las *ies*?

¿A tí, de cuyos labios
la gracia brota,
y cuando escribes *gracia*
lo haces con *jota*?

¿A tí, en fin, limpio espejo
de perfecciones,
que echas en cada frase
dos mil borrones?

Yo, que en una mirada
ya te comprendo,
y en todo lo que escribes
jamás te entiendo,
¿cómo aceptar podría
tan larga ausencia
con esta endemoniada
correspondencia,
que me quita la vida
cuando te leo,
y me ataca al bolsillo
por el franqueo?

Me canso de escribirte,
muero al leerte;
ven, ya, luz de mis ojos,
que quiero verte.»

ELLA Á ÉL

CONTESTACIÓN

«Tu carta me ha probado
que no me quieres.....
¡ay! así sois los hombres,
¡pobres mujeres!

En esta larga y triste,
forzosa ausencia,
hallo en tus burlas falta
de consecuencia.

«Cartas ván, cartas vienen
por el correo...»
tus cartas me consuelan,
pues no te veo.

Hasta en tus burlas te hallo
gracioso y vivo;
ya ves como *gracioso*
con *g* lo escribo;
que así probarte quiero,
dulce alma mía,
como el amor mejora
la ortografía;
y, para que en gramática
más no me taches,
he de *hacer* mil *haceres*,
todos con *aches*.

Gozo cuando á mi puerta
llega el cartero,
y al ir á contestarte
me desespero;
porque no hallo palabras
tan expresivas
que de mi amor te pinten
las ánsias vivas;
y me hacen temblar tanto
mis emociones,
que agradecer debieras
tantos borrones.

Ya ves que, aunque en tus quejas
de mí te ries,
pongo á tu amor *los puntos*
sobre las *ies*.

Es mi pluma, si quieres,
tímida y tosca;
pero en mis desiguales
patas de mosca,
debes ver un afecto
que es siempre el mismo,
y más libre que el tuyo
del egoísmo.

Aunque leas tan claro
siempre en mis ojos,
que no entiendas mis cartas
me causa enojos;
pues, aún faltas de reglas
gramaticales,
la pasión á mis ojos
las hace iguales.

Que te mueras leyéndome
no lo hallo justo;
yo me muero al leerte,
pero de gusto,
hasta cuando te burlas
y cuando leo
que son ya muchos gastos
los del franqueo.

¿Cuándo el amor del alma
fué tan mezquino?
Te tiene ya la ausencia
fuera de tino.

Yo mientras ella dure

seré inocente,
de la renta estancada
contribuyente.

En estos largos días,
pues no te veo,
vayan y vengan cartas
por el correo.»

E. BUSTILLO.

CAMBIO DE ESTACIÓN

POR fin tras los tristes días de invierno,
empieza á apercibirse un calorillo,
más ó menos agradable, que inspira
en el ánimo de cada cual los más
opuestos pensamientos.

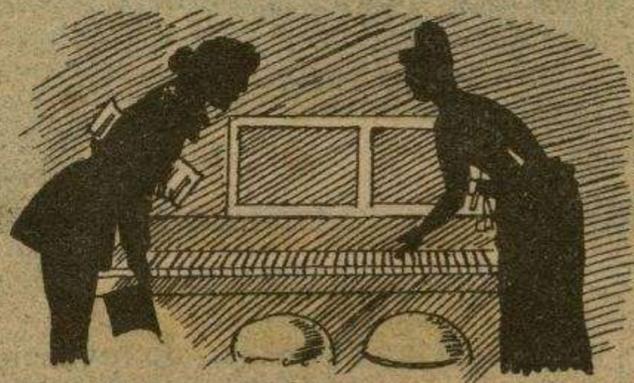
El gomosillo piensa en que puede vestirse de
verano, estrenando un traje tan *lila* como su
persona, y que muy pronto podrá presentarse
con la americana de franela blanca, que tanta
envidia dió á sus compañeros el año próximo
pasado, reintegrándose así de cuantos sacrificios
hizo para adquirirla; porque hay que observar
que el principal deseo del gomoso consiste en
que le envidien sus prendas de vestir. Recuerda
que en breve van á darse carreras de caballos
á las cuales asistirá en un magnífico *landeau*,
y así podrá ir de *chistera yendo de gorra*.

En cuanto á las señoritas, las hay que sin ha-
berse muerto, ya no viven pensando en los
atractivos del verano; por de pronto, ostentarán
traje claro, y como los hay de indiana y cretona
más ó menos barata, les será permitido tener
variada colección. Además, que todos sabemos
que el verano le permite á una tomar baños
de mar... y siendo de mar, algo se pesca. Y
por otra parte, una va á veranear en los grandes
establecimientos y allí adquiere conocimiento
con casi todos los condesitos, baroncitos y
marquesitos que estudian el primer curso de
facultad, y á veces al regresar á la capital, continúan
las relaciones, y como todos son chicos de mucho
porvenir, vaya V. á saber en qué puede acabar su
amistad.

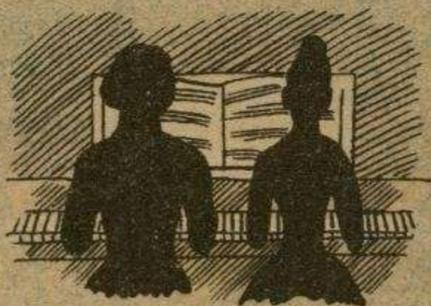
En cambio, las hay que no salen á veranear,
porque papá, empleado en alguna oficina pública
ó casa de comercio, debe quedarse á causa de
sus muchos *deberes* y sus pocos *haber*es. Y
aquí de los disgustos de familia. Hay quien para
cubrir las apariencias se alimenta con cebolletas
y alubias en remojo, y en cambio se abona al
público del teatro, porque durante el verano
resulta muy *chic* eso de formar corros en el
palco corrido de los coliseos, por mas que no
se oiga ni se vea nada de cuanto digan y
hagan los actores, porque, ya se vé, aunque no
se vea, no les importa, puesto que su único
objeto es reunirse con las hijas del compañero
y hasta, á veces, del jefe de papá.

Por supuesto, que también hay quien ni al
teatro vá, y en este caso, las familias acuden...
á los medios más enérgicos para ocultar la
deficiencia de la posición de papá. Porque hay
gente que para disimular su verdadera situación
acude á procedimientos verdaderamente
heróicos.

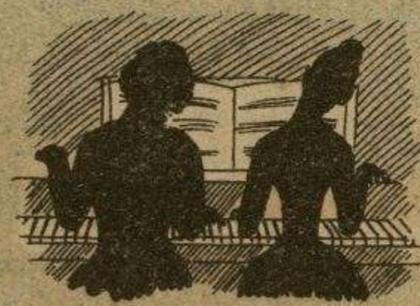
Los señores de Veludillo merecen ser admirados
por el modo cómo pasaron el último verano,
á fin de no dar á conocer á sus amigos
y en particular á las hijas del señor de Remin-



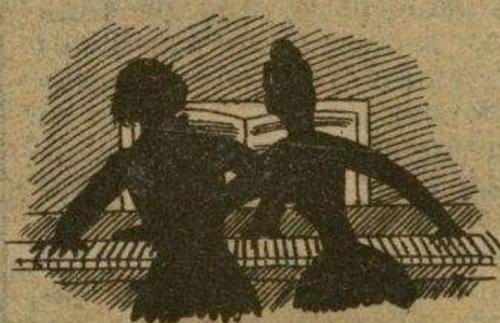
Introducción.



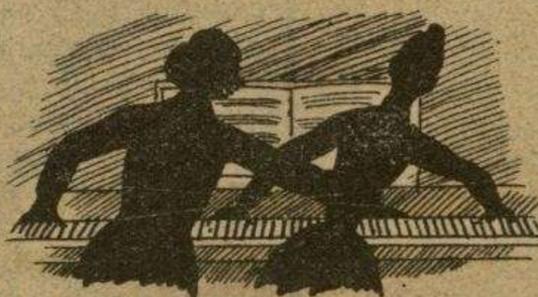
Piano.



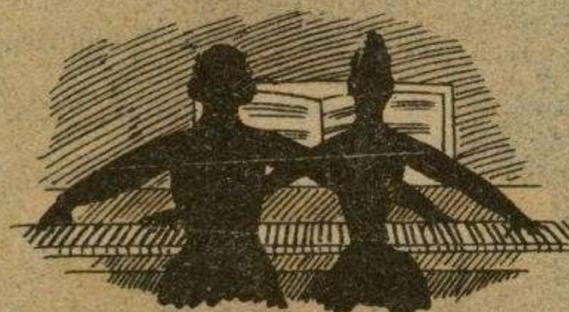
Tempo di ballo.



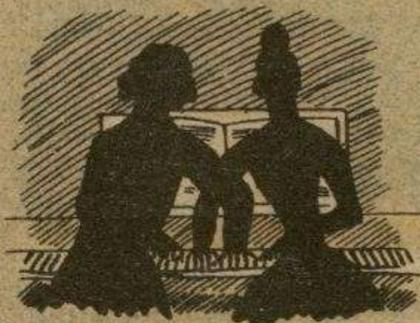
Brio.



Forte.



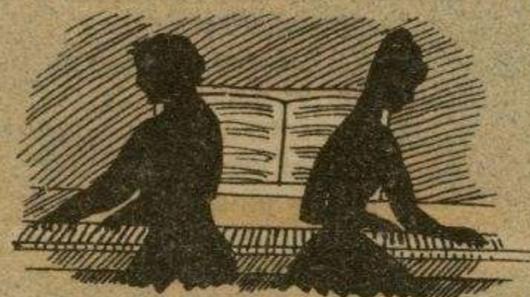
Agitato.



Affetuoso.



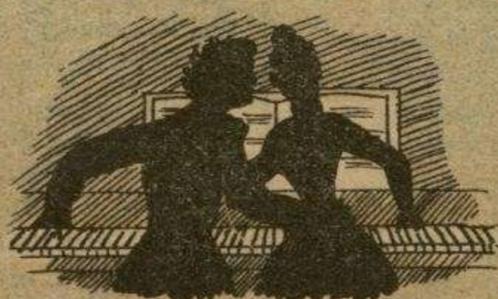
Fortissimo.



Smollendo.



Scherzando.



Ad libitum.



Sciolto.



¡Cuidado con los mosquitos, que levantan ronchas!

tón, compañero de su padre, que carecían de medios para salir al campo, y lo que es más, para hacerse trajes propios de la estación.

La señora de Veludillo sabía muy bien que el de Remintón le tenía mucha rabia á su esposo, porque éste sabía trazar las *mm* redondillas mucho mejor que él, con lo cual, había logrado que su jefe le mirase mejor; pero esto no era debido á lo de las *mm* sino solo al puesto que acupaba Veludillo en la oficina y á la mirada bizca de su jefe. Pero, como además, las de Remintón salían cada año á tomar no sé qué aguas y eran muy orgullosas, á las de Veludillo no les cabía duda de que quedaban desairadas sino salían al campo durante el verano, por lo cual decidieron simular una marcha, y así salieron del conflicto sin salir de casa.

¿Cómo se arreglaron para ello? Las de Veludillo empezaron por participar desde principios de estación que no se hacían trajes de verano, porque pensaban hacérselos expresamente para el viaje y para el campo. Las de Remintón se sorprendieron de este veraneo, sabiendo como sabían, que las de Veludillo carecían de recursos; pero su sorpresa rayó en estupefacción, cuando Remintón les notificó, mientras por tomar algo tomaban el fresco en la galería, que las de Veludillo partían al día siguiente para sus posesiones de Castro-Urdiales. Al oírlo de boca de su padre, no pudieron las de Remintón contener su justo enojo,

En cuanto á las de Veludillo, para evitar que las de Remintón pudieran descubrir su permanencia en la capital, no pudiendo salir de ella, optaron por quedarse en casa, para lo cual emplearon medios de que más tarde debían lamentarse.

En efecto, el vecindario supo la partida de los Veludillos; de manera que, al rayar el alba, se cerraban herméticamente cuantos balcones y ventanas habían en la casa, á fin de evitar toda sospecha. Una mujer, contratada al efecto, llevaba cada día las provisiones á Veludillo, y como éstas eran para toda su familia y la pobre chica lo ignoraba, le decía mientras contemplaba estasiada tanta carne:—Pero señor ¿dónde va V. á meter todo eso?

El día se lo pasaban las de Veludillo, sin ver la luz del sol, dentro de su casa y cuidando de no hacer ruido, por lo cual no podían entregarse á trabajo alguno, como no fuera á hacer crochet, y ni aún eso podían porque carecían de hilo, de manera que no tenían otra distracción que leer una Química inorgánica, que al visitarlas, se había dejado olvidada un chico de bigote rubio y mirada penetrante, inventor de un cosmético supérfluo, que había tenido relaciones durante tres semanas con una de ellas; no de las semanas, sino de las de Veludillo.

Como que tenían cerradas todas las ventanas y balcones, si observamos que el hecho acurría en pleno verano, se comprenderá el fresco de que gozarían las pobrecillas, por lo cual no era raro que fueran durante todo el día en paños bastante menores, hasta la hora en que llegando el padre Veludillo, abría cuantas ventanas había en la casa, gozando así del aire puro de que se privaban voluntariamente.

Mas, una noche, al regresar Veludillo, encontrase un municipal en la puerta de su casa. ¿Qué había sucedido? Las de Veludillo, en uno de sus ya habituales pasos de pantomima, ha-

bían dado contra el bufete del comedor, éste se había venido al suelo ocasionando la rotura de vasos, platos y botellas, como así mismo la de un frasco de magnesia efervescente, produciendo tanto ruido al caer que, unido á un grito más ó menos agudo que dió una de las niñas que fué á parar debajo del bufete, dió por resultado que los vecinos del cuarto inferior, nuevos inquilinos de la casa, creyeran que se trataba de un robo sin fractura de puerta y avisaron á un municipal, quien detuvo y condujo á las Veludillo al juzgado, mientras en balde clamaban porque salieran los demás vecinos á reconocerlas é identificar sus respectivas personas.

¡Qué bochorno para Veludillo! Porque sucedió que en la oficina se supo todo lo ocurrido, por medio de un primo de un cuñado del conserje, y Veludillo recibió el gran sofocón.

Porque la verdadera víctima, en último resultado es el pobre padre de familia, que debe procurar que sus hijos no carezcan de distracción alguna y se presenten con decencia, estrenando sus correspondientes trajecitos al cambiar la estación.

¡Y cuántos sacrificios deben hacerse para lograrlo! ¡Cuántas señoritas estarán á estas horas confeccionando un elegante traje de verano con una colcha de percal! ¡Y un sombrero más ó menos caprichoso con la pantalla del quinqué! ¡Y cuántos padres de familia de reducida posición, al ver el cambio de estación, habrán pensado en empeñar el gabán ó la capa madrileña, á fin de sacar el levitón de entre tiempo ó la más atrevida americana de alpaca!

JULIÁN C. RUIZ.



Es tal el número de apuntaciones que hemos amontonado á propósito de la Exposición de Bellas Artes, que hasta que las arreglemos no las podremos poner á la vista de nuestros lectores.

Por de pronto, sepan éstos que al entrar en la primera sala hemos quedado anonados, porque se nos ha venido encima el cuadro-cartelón de teatro pintado por el Sr. Martí Alsina.

Después de semejante golpe, no tenemos valor para coordinar por hoy nuestros apuntes.

Otro día será.

* *

El *Teteneo* barcelonés es una pequeña Bizancio. El Sr. Girona ha hecho allí un *pequeño negocio* burlándose de todas las juntas directivas, que se han sucedido y éstas que no quieren confesar que han sido muy arrimadas á la cola, salen por puntillo á defensa de D. Samuel Levi y Girona.

Precisamente es lo que quiere este egregio gato. Que se resientan las calabazas y que él se lleve la cosecha.

¡Y cuidado si hay infelices en el *Teteneo*!

* *

Lo que demuestra lo que es el *Teteneo* y su alcance intelectual, es que nombra presidente á

un Sr. Nicolau que no es naviero, ni rico, ni sabio, ni literato, ni influyente, ni chicha ni limoná.

El *noy de Tona* presidiría y dirigiría mejor.

Pero así es Barcelona. ¿Bulle un zascandil? Pues á levantar á ese zascandil.

Yo hago una apuesta á todos los socios del Ateneo, incluso á mi amigo Salas Antón. En cerramos al Sr. Nicolau en una habitación, le damos papel, tinta, pluma y tintero, y le decimos que escriba á su familia. ¿A que no sabe qué poner?

Pues de esta talla han sido muchos presidentes del *Teteneo*.

El único presidente barbián que ha habido ha sido el Sr. Girona.

¡Como que ya tiene condimentado el *Teteneo* para merendárselo!

Eso es presidir y lo demás es campeche.

Mis correligionarios Junoy, Roca y otros han votado, inconscientemente supongo, á favor del Sr. Girona, porque alguien supo hacer que la causa de este bueno, *disno* y excelente señor se confundiese con la de las directivas.

Allá ellos.

Yo voto en todas partes contra el Sr. Girona. Sabe mucho este hombre.

Y no se me venga á decir que le tengo envidia por su dinero. Yo estrecho la mano con el mayor gusto al último *compañero* de la creación, pero á D. Manuel no le saludaría.

Creería que me iba á quitar el sombrero.

Entendámonos, que me iba á saludar también.

MISCELANEA

En un restaurant.

—Mozo, esta cuchara está llena de pintura verde.

—Tranquílese V., señorito; no es pintura.

—¿Qué es entonces?

—Cardenillo.

La señora á la cocinera:

—Pero, mujer; ¿qué es esto? ¡Un pelo en la sopa!

—Tranquílese V., señorita. Es un pelo falso.

—¿Cómo?

—Sí; es de la peluca de la mamá de V.

Estaban ajusticiando
á un ladrón incorregible...
¡Y el prestamista Fernando
lo presenciaba impasible!

—Caballero, ¿me dá V. una limosna? Soy huérfano.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde nacimiento.

En un tribunal.

—¿Por qué ha matado V. á su esposa?

—Por no faltar á mi palabra.

—¿Eh?

—Sí, señor presidente. La había prometido que solo la muerte podría separarnos.

La chica se niega á contraer matrimonio con el hombre que sus padres le destinan.

—¿Pero por qué no te quieres casar?—le pregunta la mamá.

—Porque ese hombre no me gusta.

—¡Vaya una razón!—replica la madre.—Si fuera yo á fijarme en esas pequeñeces no me hubiera casado nunca con tu padre.

Gedeón ha oído decir á su tía que tiene la voz tomada y le da el siguiente consejo:

—Frótesela V. con un guante, que es lo que hago yo con mi guardapelo cuando se me toma.

¡Vaya un majo!

—Es un flaco hacer el *majo* siempre, de noche y de día, con las chicas. ¿Ves aquella?

—Hombre, si ¡y es hermosísima!

—Pues me acerco á ella al instante, la digo dos palabritas, y le hago proposiciones...

Por supuesto, que si es *lista*

accederá á lo que quiero

y entonces lleno de dicha,

me gasto si es menester

un duro ó dos con la chica,

porque soy *majo* de veras.

—Lo que eres, chico, es un *lila*;

¿gastar *guita* con mujeres?

¡Hombre, parece mentira!

Eso en vez de hacer el *majo*

es hacer *majaderias*.

EDUARDO GUILLAR CLARI.



J. C. R.—Irá el artículo.

J. C. C. (*Gerona*).—Veremos de arreglarlo un poquillo.

J. D. de la R. (*Madrid*).—Amigo mio, tiene V. razón que le sobra. La composición *Por teléfono* que publiqué, firmada por Benito F. Alcalde, es un plagio del *Chasco telefónico* que V. publicó hace más de un año en *Madrid Alegre*. Las pruebas que V. me remite son concluyentes. Desde hoy me cerraré á la banda con ese señor Alcalde.

J. L. (*Madrid*).—También irán algunos cantares.

F. P. (*Madrid*).—Irá *Relieve*. El otro articulito puede entrar en una sección bibliográfica; pero en este semanario apenas nos ocupamos de libros, por ahora.

Canta-verdades. (*Madrid*).—Continue V. tranquilizándose. Todavía ha de ver V. otras cosas. ¿Tiene V. mamá? dele usted memorias.

A. R. (*Madrid*).—V. es un verdadero *compañero* de la rima. Me larga V. los siguientes *octosílabos*:

«Me tenía puesto en cuidado...»

«De tamaña ofensa, exclamé...»

«Alterar pretende ¿porqué?...»

«En la pared un coscorrón...»

etc., etc., etc.

Ni esos son octosílabos ni Fabié que lo fundó. Ahora, entre amigos, dedíquese usted á otra cosa.



A todos los grandes hombres se les ha pedido su opinión sobre la *cuestión* social y á mí que tengo *frábica* de botones... ¡nada!

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE GHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 43 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez.— Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.